—Despreciémosles y resignémonos. ¡La bestia humana no puede ofender á los dioses.

Y el *divino* Jamblico tomó de las manos de un cristiano un enorme leño que arrojó al fuego.

Juliano no quería dar crédito á lo que sus ojos veían; pero los espías le miraban sonrientes, con atenta curiosidad.

Entonces, la debilidad, el hábito de la hipocresía, se apoderó del alma de Juliano. Vencido por las miradas de los espías, se acercó al montón de maderas, escogió el leño más grueso y depués de Jamblico, lo arrojó á la hoguera donde se fundía ya el cuerpo mutilado de la diosa.

Veía la plata fundida correr sobre el rostro de la diosa, semejante al sudor que procede á la muerte, mientras que los labios conservaban aún su invencible y apacible sonrisa.

IX

—Juliano, mira toda esa gente vestida de negro. Son las sombras de la noche, las sombras de la muerte. Pronto no quedará un solo vestido antiguo, blanco, ni un solo pedazo de mármol bañado de sol... ¡Esto se vá!

Así hablaba el joven sofista, Antonino, hijo de la profesora Sosypatra y del neoplatoniano Edesis. Estaba con Juliano en la terraza del templo de Pergamo inundado de sol y envuelto por el cielo azul. Al pie de la balaustrada estaba esculpida la sublevación de los Titanes. Los dioses triunfaban; los cascos de los caballos alados aplastaban los cuerpos de serpientes de los gigantes.

Antonino mostró el alto relieve á Juliano.

—Los dioses han vencido á los Titanes; ahora ellos serán vencidos por los dioses bárbaros. Los templos se convertirán en tumbas...

Antonino era un hermoso adolescente que por las severas líneas del cuerpo y del rostro recordaba las estatuas antiguas; pero hacía varios años que padecía un mal incurable que poco á poco iba convirtiendo su rostro, del más puro tipo heleno, en amarillo, delgado y sombrío, enfermedad no padecía por sus antepasados.

—Ruego á los dioses,—siguió diciendo Antonino,—que no me permitan ver esa noche negra que se aproxima; antes quiero morir... Sofistas, sabios, poetas, artistas, todos estamos demás. Hemos llegado demasiado tarde.

—¿Y si te engañaras?—murmuró Juliano.

—No, no, todo ha acabado... Nos faltan fuerzas.

El rostro de Juliano parecía tan pálido y demacrado como el de Antonino. El labio inferior, proeminente le daba expresión de arrogancia taciturna. Las espesas cejas se fruncían obstinadas y rebeldes. Alrededor de la nariz demasiado larga, se formaban precoces arrugas. Los ojos brillaban con fuego seco, febril, desagradable. Vestía el hábito monacal. Como en otro tiempo iba de día á la iglesia, adoraba las reliquias, leía en público los Evangelios, y se preparaba para tomar las Ordenes. Algunas veces su hipocresía le parecía inútil. Sabía que Galo no se libraría de la muerte y que también él debía esperarla en todos los momentos.

Las noches las pasaba en la biblioteca de Pérgamo, donde estudiaba las obras de Libiano, el mayor enemigo del cristianismo. Asistía á las lecciones de los sofistas griegos, Edezio de Pérgamo, Crisantino de Sardaña, Priscio de Teseforos, Eusebio de Mi-

nos, Proeres de Ninfidianos. Le repetían cuanto había oído de labios de Jamblico, la *triada* de los neoplatónicos y el éxtasis sagrado. Y Juliano pensaba:

—Esto no es lo que yo busco; me ocultan algo.

Priscio imitando á Pitágoras había pasado cinco años en silencio, sometido á un régimen vejetariano, no usando ni vestidos de lana ni sandalias de cuero. Llevaba una clámide de puro lino blanco y sandalias de hojas de palmera.

—En nuestro tiempo,—decía,—lo importante es saber callar y pensar en sufrir con dignidad.

Y Pricio, despreciándolo todo, esperaba en lo que él llamaba la catástrofe, es decir, la victoria completa de los cristianos sobre los helenistas.

El perverso y prudente Crisantio, cuando se le hablaba de los dioses alzaba los ojos al cielo, asegurando que no osaría hablar de ellos, porque nada sabía y tenía olvidado cuanto había aprendido.

Aconsejaba á los demás que obraran del mismo modo.

En cuanto á la maiga, los milagros y las apariciones no quería oir hablar, afirmando que todas estas cosas no eran más que criminales embustes, prohibidos por las leyes imperiales.

Juliano comía mal, dormía poco; su sangre hervía de impaciencia aprisionada. Cada mañana se despertaba y se hacía la misma pregunta:

—¿Es hoy?

Aburría á los pobres filósofos teurgos con sus preguntas concernientes á los misterios y á los milagros. Algunos se reían de él, especialmente Crisan-

tio, quien tenía el hábito de aprobar todas las opiniones que le parecían ineptas.

Una vez, Edesios, viejo sabio y pusilánime, tuvo piedad de Juliano y le dijo:

—Hijo mío, deseo morir tranquilo. Aun eres joven. Déjame. Interroga á mis discípulos, y ellos te lo revelarán todo. Hay muchas cosas de las que nosotros tenemos que hablar. Cuando estés iniciado en los misterios, tendrás vergüenza, tal vez, de haber nacido hombre, y de haber seguido siéndolo.

Eutemo de Minda, discípulo de Edesios, falaz y envidioso, dijo á Juliano:

—No existen los milagros; no los esperes. Los hombres han indignado á los dioses, la magia es una mentira y los que creen en ella son necios, pero si la sabiduría te importuna, vete á ver á Máximo. El, que desprecia nuestra dialéctica obra... Pero no me gusta hablar mal de mis amigos. Escucha lo que ocurrió hace poco en un templo subterráneo de Hecate, donde Máximo nos había llevado para probarnos su arte. Cuando estuvimos dentro y acabamos de adorar á la diosa nos dijo: «Tomad asiento, váis á presenciar un milagro.» Nos sentamos. Arrojó sobre el altar unos granos resinosos murmurando algo que no pudimos entender, un himno seguramente. Y vimos que la estatua de Hecate nos sonreía. Máximo nos dijo: «No temáis nada aun cuando veáis que las dos dos antorchas que la diosa tiene se encienden por sí solas... ¡Mirad!» Antes que hubiese acabado la frase se encendieron las lámparas.

—El milagro se había realizado,—exclamó Juliano.

—Sí. Nuestra turbación fué tan grande que caímos consternados; pero cuando salí del templo me pregunté: ¿Es digno de la filosofía lo que hace Máximo? Lee á Pitágoras y á Platón: allí encontrarás la sabiduría. ¿No es más hermoso elevar el corazón por la divina dialéctica que todos los sortilegios que pueden hacerse?

Juliano no le escuchaba; sus ojos brillaron, fijos en el rostro divino de Eutemio, y dijo saliendo de la escuela:

—Guarda tus libros y tu dialéctica... Yo quiero la vida y la fe. ¿Acaso estas dos cosas existen sin los milagros? Gracias, Eutemio; tú me has indicado el hombre que desde hace tiempo busco.

El sofista respondió con sonrisa irónica:

—No has hecho ningún progreso sobre tus antepasados, sobrino de Constantino: ¡Sócrates no tuvo necesidad de milagros para creer!

X

Era media noche. Juliano se quitó sus hábitos de novicio en el vestíbulo que precedía á la gran sala de los misterios, y los mistagogos sacrificadores, que iniciaban en los sacramentos, le revistieron con la túnica de los pontífices, tegida con filamentos de papirus. En las manos le pusieron una rama de palmera. Los pies no se los calzaron. En esta guisa entró en una amplia sala.

Doble hilera de columnas de oricalco sostenían las bóvedas. Cada columna representaba dos serpientes entrelazadas, que servían de base á perfumadores de altos y delgados pies, en los que las llamas se elevaban en largas lengüetas rojas. Humo espeso llenaba la sala. En el fondo brillaban dos toros alados de oro que soportaban un soberbio trono, sobre el cual, semejante á un dios, estaba sentado, recubierto con una túnica negra bordada de oro, esmeraldas y carbunclos, el sumo sacerdote Máximo de Efeso.

La pausada y lánguida voz del maestro de ceremonias, anunció el comienzo de los misterios:

—Si hay en la asamblea algún impío, algún cristiano ó algún epicúreo, que salga.

Previamente advertido de las respuestas que debía dar Juliano, dijo:

—¡Que salgan los cristianos!

El coro de sacerdotes, oculto en la obscuridad, respondía tristemente:

—¡Las puertas, las puertas! ¡Qué salgan los cristianos! ¡qué salgan los impíos!

De la penumbra se adelantaron veinticuatro adolescentes, enteramente desnudos, y llevando cada uno un sistro de plata, que recordaba el creciente de la luna. Con movimiento uniforme, los adolescentes pusieron sobre sus cabezas los vibrantes instrumentos, y con ademán elegante pulsaron las cuerdas, que resonaron lánguidas y quejumbrosas.

Máximo hizo una señal.

Un iniciado se acercó á Juliano por la espalda y le vendó fuertemente los ojos, diciendo:

—No temas ni al agua ni al fuego, ni á los espíritus ni á los cuervos, ni á la vida ni á la muerte.

Se le hizo salir de la sala.

Se abrió una puerta de hierro que chirrió sobre los goznes. Atmósfera asfixiante abofeteó el rostro de Juliano, al propio tiempo que sus pies se apoyaron en gradas acaracoladas y resbaladizas.

Comenzó á descender una escalera interminable, en medio de silencio sepulcral. Juliano creía que se encontraba á muchos pies bajo tierra. Después atravesó un corredor estrecho cuyas paredes rozaban sus dos manos al andar. De repente, sus pies

desnudos pisaron agua que brotaba de fuentes ruidosas. El frío líquido le cubrió hasta las tobillos. Continuó caminando. A cada paso subía el nivel del agua, alcanzando hasta las pantorrillas, luego á las rodillas, y por último á la cintura. Los dientes de Juliano castañeteaban de frío. El agua subió hasta el pecho, y el joven pensó:

—¿Habré caído en un lazo? Posible es que Máximo quiera darme muerte para agradar al emperador.

Pero no desfalleció y caminó de nuevo.

El agua disminuía y le envolvió calor sofocante, como si se acercara á una fragua. La tierra le quemaba los pies; á Juliano le pareció que se acercaba á un horno atestado de fuego. La sangre le azotaba sus mejillas. Por instantes, el calor tomaba la intensidad de una llama que le abrasaba el rostro.

Jualiano caminaba resueltamente.

También el calor disminuyó; pero olores como carbunclos cortaban la respiración. Varias veces pisó Juliano sobre objetos redondos, y sin esfuerzo adivinó que eran huesos de craneo de muertos.

Le parecía que alguien marchaba á su lado, pisando sin hacer ruído, como una sombra. Una mano helada asió la suya. Dejó escapar un grito. Luego dos manos se asieron dulcemente á sus hábitos. Notó que á través de la piel apergaminada punzababan los huesos descarnados. Estas manos le tocaban haciéndole caricias repugnantes de mujeres desvergonzadas. Juliano sentía un aliento que hedía á podrido y humedad. Y de repente, cerca de su oreja, un murmullo rápido, pareciendo el roce nocturno de las hojas en otoño.

—¡Soy yo, soy yo! ¿No me reconoces? ¡Soy yo!

—¿Y quién eres tú?—balbuceó Juliano.

Y en seguida se acordó de la promesa de mutismo que había hecho.

—Yo, yo. ¿Quieres que te arranque esa venda de los ojos, y me verás?

Dos dedos amorosos se agitaron sobre su rostro, tratando de arrancarle la venda.

El frío de la muerte penetró en Juliano, helándole hasta el corazón, é involuntariamente, por hábito, se resignó por vez tercera, como cuando siendo niño tenía una pesadilla. Un formidable ruído de trueno retumbó y la tierra osciló bajo sus pies. Juliano sintió que caía en lo desconocido y perdió el conocimiento.

Cuando recobró el sentido, tenía los ojos descubiertos y estaba echado sobre cogines en una enorme gruta á media luz. Se le daba á oler una tela impregnada de perfumes penetrantes.

En frente de Juliano estaba un hombre delgado, desnudo, de piel cobriza: el gymnosofista, el ayudante de Máximo.

Tenía sobre la cabeza un disco metálico. Una voz dijo á Juliano:

—Mira.

Se fijó en el círculo que despedía un brillo casi doloroso. Le contempló largo rato; los contornos de los objetos se difumaban y agradable desfallecimiento se apoderaba de su sér. Se le antojaba que el círculo luminoso no brillaba ya sino en él: sus párpados se cerraron y una sonrisa fatigada y sumisa erró en sus labios.

Una mano frotó su cabeza varias veces, y una voz preguntó.

—¿Duermes?

—Sí.

—Mírame á los ojos.

Juliano hizo un esfuerzo, obedeció y vió á Máximo inclinado sobre él.

Era un viejo de setenta años, cuya barba, blanca como la nieve, le caía hasta la cintura. Los cabellos, en desorden sobre los hombros, tenían reflejos dorados. Las mejillas y la frente estaban cruzadas por profundas arrugas que no denunciaban sufrimientos, sino sabiduría y fuerza de voluntad. Su sonrisa se asemejaba á la de las mujeres muy espirituales, embusteras y cautivadoras. Pero lo que más agradó á Juliano fueron los ojos de Máximo; ojos brillantes, vivos, escrutadores, penetrantes, burlones y cariñosos á un tiempo.

Máximo preguntó:

—¿Quieres ver el maravilloso Titán?

—Sí.

—Pues, mira.

El mago le indicó el fondo de la gruta, donde se levantaba un trípode de oricalco, del que salían enormes nubes de humo. Ruído de huracán llenó la gruta.

—¡Hércules, Hércules! ¡Libértame!

El humo se disipó y apareció el cielo azul. Juliano, acostado, inmóvil, pálido, los párpados semi cerrados, miraba las variadas visiones que se desarrollaban ante él, y le parecía que no las veía voluntariamente, sino porque una voluntad superior le ordenaba que mirase.

Veía nubes y mentañas cubiertas de nieve y oía el lejano rumor de lus olas. Se le apareció un cuerpo enorme con las piernas y las manos encadenadas á las rocas.Un milano se comió el hígado del Titán. Por los costados le corrían gruesas gotas de sangre negra. Las cadenas tintineaban á impulsos del cuerpo que se agitaba de dolor.

—¡Hércules, libèrtame!

Y el Titán alzó su cabeza hírsuta; sus ojos encontraron los ojos del hipnotizado.

—¿Quién eres? ¿cómo te llaman?—preguntó Juliano hablando maquinalmente.

—¡Tú!

—Yo no soy más que un dèbil mortal.

—Tú eres mi hermano, libértame.

—¿Quién te ha encadenado de nuevo?

—Dos humildes, dos pusilánimes que perdonan á sus enemigos por cobardía... ¡Los esclavos, los esclavos! ¡Libértame!

—¿Y cómo?

—Haced como yo.

Las nubes de humo volvieron á salir del trípode y ocultaron la aparicion.

Juliano despertó momentáneamente, y el mago le preguntó:

—¿Quieres ver al Réprobo?

—Sí, quiero.

—Mira.

En el humo blanco se dibujó débilmente una cabeza entre dos olas gigantescas; las plumas pendían como ramos de sauce y sobre ellas temblaba tristemente una bruma azulada.

Una voz que parecía llegar de muy lejos, decía:

—¡Juliano... Juliuno!... Reniega en mi nombre del Galileo.

Juliano guardó silencio. Máximo murmuró á su oído:

—Si quieres ver al gran Angel, reniega.

Y Juliano dijo:

—Sí, reniego.

Sobre la cabeza de la aparición brilló la estrella matutina, la estrella de la Aurora, y el Angel repitió:

—¡Juliano! reniega en mi nombre del Galileo.

—Reniego.

Por vez tercera repitió el Angel con la voz triunfante:

—¡Reniega!

Y Juliano respondió:

—Sí, reniego.

El Angel dijo:

—Ven á mí.

—¿Quién eres?

—Soy la luz, soy el Oriente, soy la estrella matutina,

—¡Qué hermoso eres!

—Parécete á mí.

—¡Qué tristeza delatan tus ojos!

—Sufro por todos los vivientes. Venid á mí; yo soy la sombra, soy el reposo, soy la libertad.

—¿Cómo te llaman los hombres?

—El mal.

—¡A tí!

—Yo me sublevé.

—¿Contra quién?

—Contra Aquél que es igual á mí. Quería ser sólo; somos dos.

—Hazme igual á tí.

—Sublévate. Yo te daré fuerza.

—Enséñame.

—Viola la ley, ámate, maldícele al Unico y sé como yo.

El Angel desapareció. El viento huracanado avivó la llama del trípode, que se abatía con fuerza; después cayó el trípode y la llama se apagó. En la obscuridad se oía el ruído de pasos numerosos, gritos y gemidos, como si un ejército invisible perseguido del enemigo, atravesara los aires. Juliano, aterrado, cayó de bruces. La amplia vestimenta negra del gran pontífice, era agitada fuertemente por el viento.

—¡Huid, huid!—gemían indistintas voces.—Las puertas del infierno se abren... ¡Es El, El, el Vencedor!

El viento rugía silbando y legiones, tras legiones, pasaban huyendo.

Súbitamente se restableció la calma; un soplo celeste llenó la gruta y una voz murmuró:

—¿Por qué me persigues? ¡Saul! ¡Saul!

A Juliano le pareció que en su infancia babía ya escuchado aquella voz que ahora sólo se oía como un balbuceo apenas perceptible.

—¿Por qué? ¿Por qué me persigues?

Cuando Juliano despertó alzó su rostro del suelo y vió á un sacerdote que le alumbraba con una lámpara. Su cabeza le daba vueltas pero recordaba con exactitud cuanto había pasado. Le vendaron los ojos de nuevo y se le dió á beber un vino con

especias que le devolvió las fuerzas. Subió la escalera, esta vez guiado por la mano firme de Máximo. Le parecía que una fuerza invisible le llevaba en volandas.

El gran pontífice le dijo:

—Pregunta.

—¿Le has llamado?—dijo Juliano.

—No; pero cuando vibra una cuerda de la lira otra cuerda le responde.

—¿Y por qué hay tanto poder en sus palabras si no son más que mentiras.

—Son verdad.

—¿Qué dices? ¿Entonces el Titán y el Angel mentían.

—También han dicho verdad.

—¿Dos verdades?

—Dos en efecto.

—Tú me tientas.

—No, digo la verdad. Si tienes miedo no hables.

—No temo nada. Dilo todo. ¿Los galileos tienen razón?

—Sí.

—¿Por qué me has hecho renegar de ellos?

—Hay además otra verdad.

—¿Más grande?

—No, igual.

—¿Y á quién debo creer? ¿Dónde está el Dios que yo busco?

—Aquí y allá. Arimán, Ormuz, el que te plazca; pero no olvides que los dos son iguales: el reino de Lucifer y el reino de Dios.

—¿Dónde ir?

—Elije uno de los dos caminos y no te detengas.

—¿Cuál?

—Si crees en El toma la cruz, síguele como El ha ordenado, sé humilde, sé casto, sé el cordero sin voz entre las manos de los verdugos. Sálvate en el desierto, dale tu cuerpo, tu alma, tu razón. ¡Cree!... Es un camino y los mártires galileos alcanzan la misma libertad que Prometeo y Lucifer.

—¡No quiero!

—Entonces elige otro camino. Sé poderoso como tus antepasados. Sé fuerte y bravo, implacable y soberbio. No tengas piedad, ni amor; no perdones. Alzate y conquistalo todo. ¡Que tu cuerpo se asemeje al de los semidioses de mármol! Toma y no devuelvas; gusta el fruto prohibido y no te arrepientas jamás. No creas ni dudes, y el mundo será tuyo, tú serás el Titán y el Angel sublevado contra Dios.

—Pero no me es posible olvidar que las palabras del Galileo contienen la verdad; no puedo admitir dos creencias.

—Entonces serás como todos los mortales y más vale perecer... Tú puedes... atrévete... Tú serás emperador.

—¿Yo emperador?

—Entre tus manos tendrás lo que no logró tener el héroe do Macedonia.

Juliano comprendió que salían del subterráneo. El viento matinal del mar les envolvía. El mago desató la venda que cubría los ojos de Juliano. Estaban en una habitación elevada toda de mármol—

el observatorio astronómico del gran Teurgo—construído con sujección estricta á los modelos de las antiguas torres caldeas, sobre una roca elevada sobre el mar.

A sus pies so extendían lujuriosos jardines, palacios y propileos que recordaban las construcciones de Persépolis. Más allá el Artemisión y Efeso se destacaban sobre las montañas donde debía salir el sol.

La cabeza de Juliano se desvaneció contemplando la dilatada extensión y tuvo que apoyarse en el brazo de Máximo. El joven sonrió, cerró los ojos y el sol saliente brilló tiñendo sus vestidos blancos con un rayo de púrpura.

El gran pontífice extendió el brazo.

—Mira, todo eso es tuyo.

—¿Y cómo? Maestro, yo aguardo la muerte á todas horas. Estoy débil y enfermo.

—El sol, dios Mitra, te coronó con su púrpura. Es la púrpura del emperador romano. Tú eres fuerte. Atrévete.

—¡Què me importa! puesto que la verdad única no existe, poco me apena no encontrar á ese Dios que yo buscaba.

—Une si puedes la verdad del Titán y la verdad del Galileo y serás más grande que todos los hombres nacidos de mujer.

Máximo de Efeso paseía bibliotecas maravillosas, solitarias salas de mármol repletas de aparatos científicos y espaciosos gabinetes anatómicos. En uno de estos últimos el joven sabio Oribazy director de la escuela de Alejandría tenía en las manos su escalpelo con el que operaba una vivisección nueva sobre un animal raro enviado desde las Indias á Maximo.

La sala era redonda y las paredes estaban cubiertas por urnas de estaño en las que se guardaba los aparatos de Zolipo y Arquímedes, *máquinas de fuego* de Ktenios y de Geron. En el silencio de la biblioteca vecina caían sonoras las gotas del péndulo hidráulico inventado por Apolonio. También allí se voían globos, cartas geográficas metálicas, la reproducción de las esferas celestes de Hiparco y Eratostenes.

Bajo la luz dulce y clara que del techo de cristal bajaba, Máximo vestido como un simple filósofo examinaba curiosamente los órganos tibios aun, extendidos sobre la mesa de mármol.

Oribazy inclinado sobre el hígado del animal decía.

—¿Cómo es posible que Máximo, el gran filósofo Máximo pueda creer en todos esos milagros absurdos?

—Creo y no creo,—respondió el Teurgo.—La naturaleza que yo y tú estudiamos ¿no es el más maravilloso de los milagros? ¿No son un misterio soberbio estos vasos sanguíneos, estos nervios, la admirable combinación de los órganos que examinamos como los augures?...

—Bien sabes de lo que yo quiero hablar,—interrumpió el director.—¿Por qué has engañado á ese oven?

—¿A Juliano?

—Sí.

—El quería que se le engañara.

Las cejas de Oribazy se fruncieron.

—Maestro, si me amas dime quien eres. ¿Cómo es posible que toleres y alimentes semejantes mentiras? ¿Acaso no conozco yo la magia? Colocáis en el techo de la cámara sombría luminosas escamas de pescados y el discípulo á quien iniciáis en los misterios cree que es el cielo que desciende sobre él obediente á las órdenes del sacerdote. Fabricáis con cera y piel una cabeza de muerto á la que adaptáis un cuello de cigüeña y ocultos bajo el suelo pronunciáis vuestras predicciones. El discípulo cree que la calavera le descubre el secreto de la tumba. Y cuando es necesario que la calavera desaparezca aproximáis fuego: la cera se derrite y el cráneo se destruye. Con hábiles proyecciones de luz cambiáis los colores de los humos olorosos y hacéis creer á los ingenuos que tienen ante los ojos la imagen de Dios. A través del agua de un recipiente cuyos bordes son de piedra y el fondo de cristal

hacéis subir con ayuda de un esclavo complaciente á Apolo vivo, y otras veces á Afrodita representada por una ramera. ¿Y á esto le llamáis misterio sagrado?

En los labios delgados del mago erró su habitual sonrisa irónica al propio tiempo que respondía:

—Nuestros misterios son más profundos y más hermosos de lo que crees. Los hombres tienen necesidad de entusiasmo. Para el que tiene fe la ramera es realmente Afrodita y la escama luminosa el cielo estrellado. Dices que la gente llora y ríe ante las apariciones producidas por una lámpara de gusanos de colores. ¡Oribazy! ¡Oribazy! ¿Acaso la naturaleza que admira tu ciencia no es un espejismo producido por sentimientos tan engañosos como la linterna del mago? Crees y sabes: y yo no quiero creer ni puedo saber. La verdad existe para mí al mismo tiempo que la mentira.

—¿Crees que Juliano te estaría agradecido si supiera que le engañabas?

—Ha visto lo que quería ver. Le he dado el entusiasmo que le faltaba, la fuerza. ¿Dices que le he engañado? Si hubiera sido preciso lo hubiera intentado. Adoro la mentira que contiene una verdad. Adoro la tentación. No abandonaría á Juliano hasta mi muerte y le haría probar todos los frutos prohibidos. Es joven y en él viviría yo una segunda existencia; le descubriría los misterios seductores y criminales y tal vez fuera grande por mí.

—Maestro, no te comprendo.

—Por eso te hablo de este modo. Con otro no lo

haría,—repitió Máximo fijando sobre Oribazy su mirada penetrante é impasible.

Un rayo de sol cayó sobre la barba del viejo, blanca como la plata. Las arrugas del rostro parecían en aquel momento más profundas y sombrías y en sus labios erraba una sonrisa traidoramente seductora como la de una mujer.